

TODOS MIS MONSTRUOS

SALUDOS DESDE EL CASTILLO
DE LOS ESPÍRITUS



Thomas Brezina



Ilustraciones de Pablo Tambuscio

sm



MOMBO MOMIA

EDAD

3.667 años.

PECULIARIDADES

Puede echar el mal de ojo y causar desgracias. Por eso siempre lleva gafas de sol.

LE DISGUSTA

Las polillas, porque agujerean sus vendajes.

LE GUSTA

Los trapos, pero solo para cortarlos en tiras y envolverse en ellos.



DRACULÍN

ANTEPASADO CÉLEBRE

El conde Drácula (era tío suyo).

EDAD

Le mordió un vampiro en 1666.

PECULIARIDADES

No le afecta la luz diurna porque se unta una crema protectora (igual que cuando nos damos crema para el sol).

LE DISGUSTA

El ketchup.

LE GUSTA

Todo lo que sea rojo, y sobre todo... bueno, ya sabéis.



EDAD

5.790 años.

PECULIARIDADES

Tiene tres cabezas que siempre andan peleándose.

LE DISGUSTA

La comida para gatos.

LE GUSTA

Las latas de comida para perros.



ZERBI El Cancerbero



AMADEO LICÁNTROPO

EDAD

Hace 356 años le mordió un licántropo y se convirtió en uno de ellos.

PECULARIDADES

Come siempre escalope con ketchup.

LE DISGUSTA

Los cazadores que disparan balas de plata y los dentistas

LE GUSTA

La música rock y las motos de gran cilindrada.

Edad

44 años.

PECULARIDADES

Callos en los dedos pequeños.

LE DISGUSTA

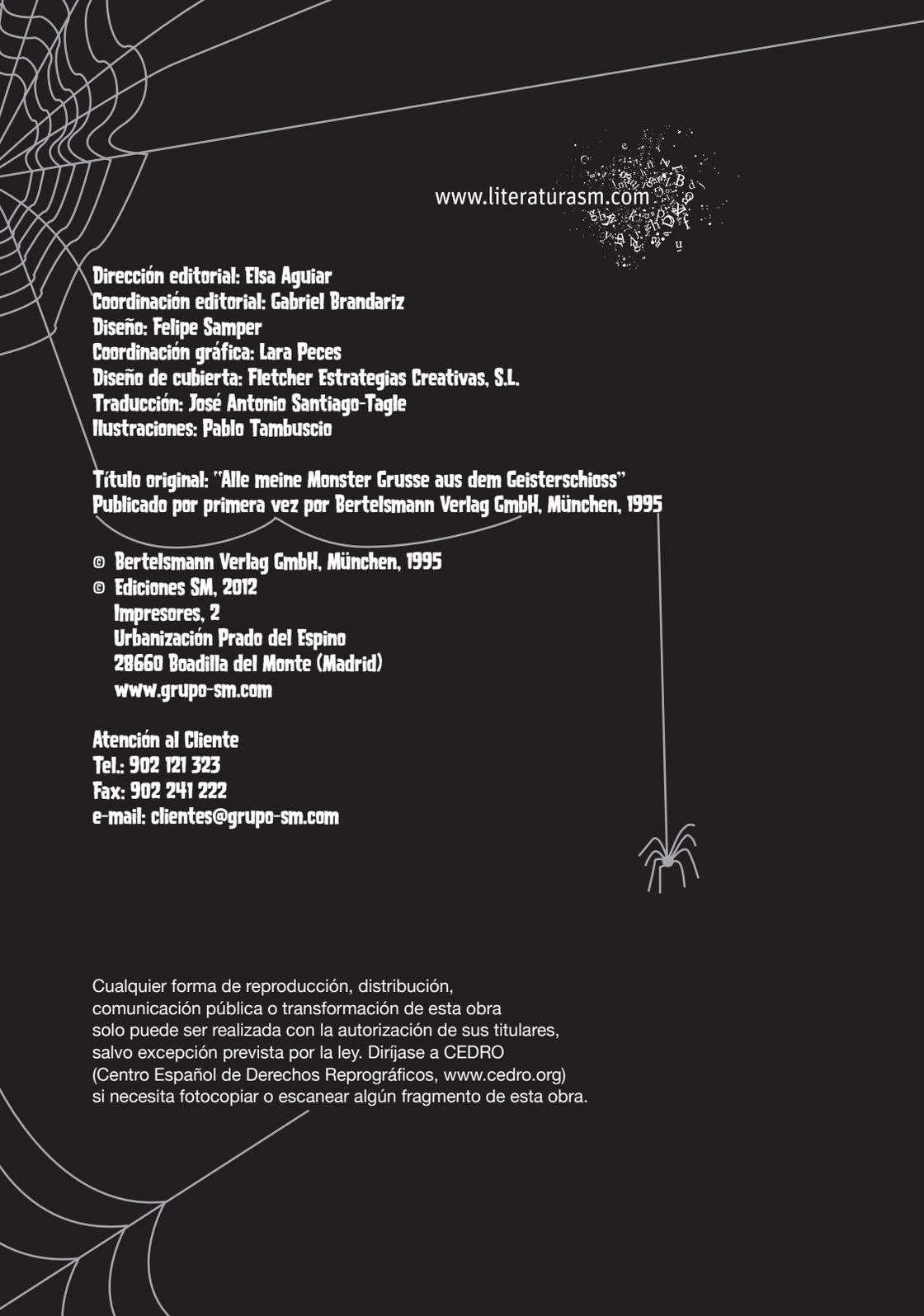
Los zapatos estrechos.

LE GUSTA

Las pantuflas de peluche.



PIECETE



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Diseño: Felipe Samper
Coordinación gráfica: Lara Peces
Diseño de cubierta: Fletcher Estrategias Creativas, S.L.
Traducción: José Antonio Santiago-Tagle
Ilustraciones: Pablo Tambuscio

Título original: "Alle meine Monster Grusse aus dem Geisterschloss"
Publicado por primera vez por Bertelsmann Verlag GmbH, München, 1995

© Bertelsmann Verlag GmbH, München, 1995
© Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

Atención al Cliente
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



AGARRÓ A MAX Y LO LANZÓ SIN MIRAMIENTOS

BORIS TEMBLEQUE

POR ENCIMA DEL VAGÓN
DESCUBIERTO.
MAX ATERRIZÓ EN BLANDO,
SIENDO ALEGREMENTE RECIBIDO
POR LOS DEMÁS VIAJEROS.
SE TRATABA DE AL MENOS
VEINTE GRUÑONES CERDOS
QUE LO CONTEMPLARON
CON CURIOSIDAD...





¡Hola! Soy Max Müller.

Tengo diez años y me gusta montar en monopatín. Hasta ahora he llevado una vida bastante aburrida. En el colegio, a veces se burlan de mí y me llaman miedica. Y la verdad es que, antes, hasta yo mismo me creía que era cobarde. Pero un día aposté con mi hermana mayor a que me atrevía a entrar solo en el viejo tren fantasma de la feria. Es una atracción que lleva años cerrada y nunca nadie ha sospechado que tras sus verdes muros se esconde un gran misterio. Yo lo descubrí. En el tren fantasma se esconden... ¡los últimos MONSTRUOS!

Esos MONSTRUOS son hoy mis mejores amigos. Pero están expuestos a un gran peligro. Y es que Karla Kätscher y su ayudante, Adonis Chorlito, están intentando cazarlos porque quieren montar un circo de monstruos. Huyendo de ellos, mis amigos se refugiaron en el tren fantasma, pero un día descubrimos que iban a demolerlo. Pudimos impedirlo a tiempo, y decidimos ganar el dinero necesario para comprar el tren fantasma. También fundé una pequeña agencia llamada Compañía de Alquiler de Monstruos. Así que los monstruos y yo estamos a disposición de aquellos que nos necesiten. Desde que los conocí, no tengo tiempo para aburrirme. Aquí tenéis nuestra nueva y espeluznante aventura. ¡Se os pondrá la carne de gallina! ¡Os lo garantizo!

SALUDOS DESDE EL CASTILLO DE LOS ESPÍRITUS



A white spiderweb is centered on a black background. The web consists of a central point from which several radial lines extend outwards, intersecting with several concentric, slightly wavy circular lines. The word "CAPÍTULOS" is written in a white, bold, sans-serif font with a slightly distressed or hand-drawn appearance, positioned in the center of the web where the radial lines converge.

CAPÍTULOS

FANTASMAL CORREO

15

¿QUÉ HABRÁ EN EL PAQUETE?

29

SALUDOS DESDE EL CASTILLO DE LOS ESPÍRITUS

41

COMO UNA LAPA

61

ALGO HABRÁ QUE HACER

79

TRASTORNADOS

97

¡YA ESTÁ!

115

NOCHE DE INSOMNIO

131

¡HAZ ALGO!

153

EL SECRETO DE CARLOTA

167

EN MARCHA HACIA EL CASTILLO

181

LA ESTRATAGEMA

199

¡NO SOY UN INEPTO!

215

BASTA UNA MIRADA

229

EL PEGOTE VERDE

245

¿ES QUE ESTA MUJER NUNCA SE RINDE?

259





FANTASMAL CORREO

«¿Quién será ese hombre?

¿Qué estará buscando en el tren fantasma?»,
pensó Max asustado.

Max había ido a la feria para visitar
a sus amigos monstruos del tren fantasma
y al momento le llamó la atención
aquel misterioso desconocido que se paseaba
de aquí para allá delante de la barraca medio derruida.

El tipo iba vestido con una capa negra y un sombrero anticuado, todo cubierto por bastante polvo. Por si fuera poco, ocultaba su cara con una máscara negra, y no se distinguía nada.

Llevaba en las manos una caja que brillaba con débil resplandor verde. Max pensó a toda velocidad qué convenía hacer. ¿Sería tal vez Adonis Chorlito, el ayudante de la cazamonstruos Karla Käscher? ¿O se trataría de un nuevo monstruo que quería trasladarse al tren fantasma? En todo caso, aquel desconocido le parecía de lo más siniestro.





A person wearing a black hooded cloak is shown from behind, looking out over a yellowish, hazy landscape. The person's head is covered in a black hood, and their body is also in black. The background is a bright yellow-green color with some sparse, dark green tufts of grass and small, dark, oval-shaped objects scattered on the ground. The overall style is that of a simple, hand-drawn illustration.

Max no sabía qué hacer.
¿Debería hablarle a aquel tipo,
o sería mejor pasar enseguida por la entrada secreta
para contarles a sus amigos monstruos que un hombre
extraño merodeaba delante del tren fantasma?
Finalmente, el chico respiró hondo, se armó de valor
y se dirigió hacia el hombre de la capa negra.

—Buenos días. ¿Está esperando a alguien o busca algo?
—articuló, tratando de que su voz sonara
lo más relajada y serena posible.

Cuando el hombre abrió la boca para responder,
a Max se le puso la carne de gallina.
La voz de aquel extraño era grave y rasposa
y sonaba apagada, como si hablara
desde un cubo de latón.

—Traigo un paquete para el señor Frankesteinete.
Me han dicho que lo encontraría en esta dirección
—dijo el hombre aspirando la voz—.
Pero las puertas del tren fantasma
están cerradas con candados y tablones clavados.

Max lo confirmó con un gesto.

—Sí, sí, el tren fantasma lleva unos años sin funcionar.
Pero yo conozco a Frankesteinete.
Con gusto le daré el paquete —puso el chico.



El desconocido lo examinó de pies a cabeza y, por último, le ofreció la caja verde.

—Toma, te confiaré el paquete.

Pero si el verdadero destinatario no lo recibe, una terrible maldición caerá sobre ti —amenazó.

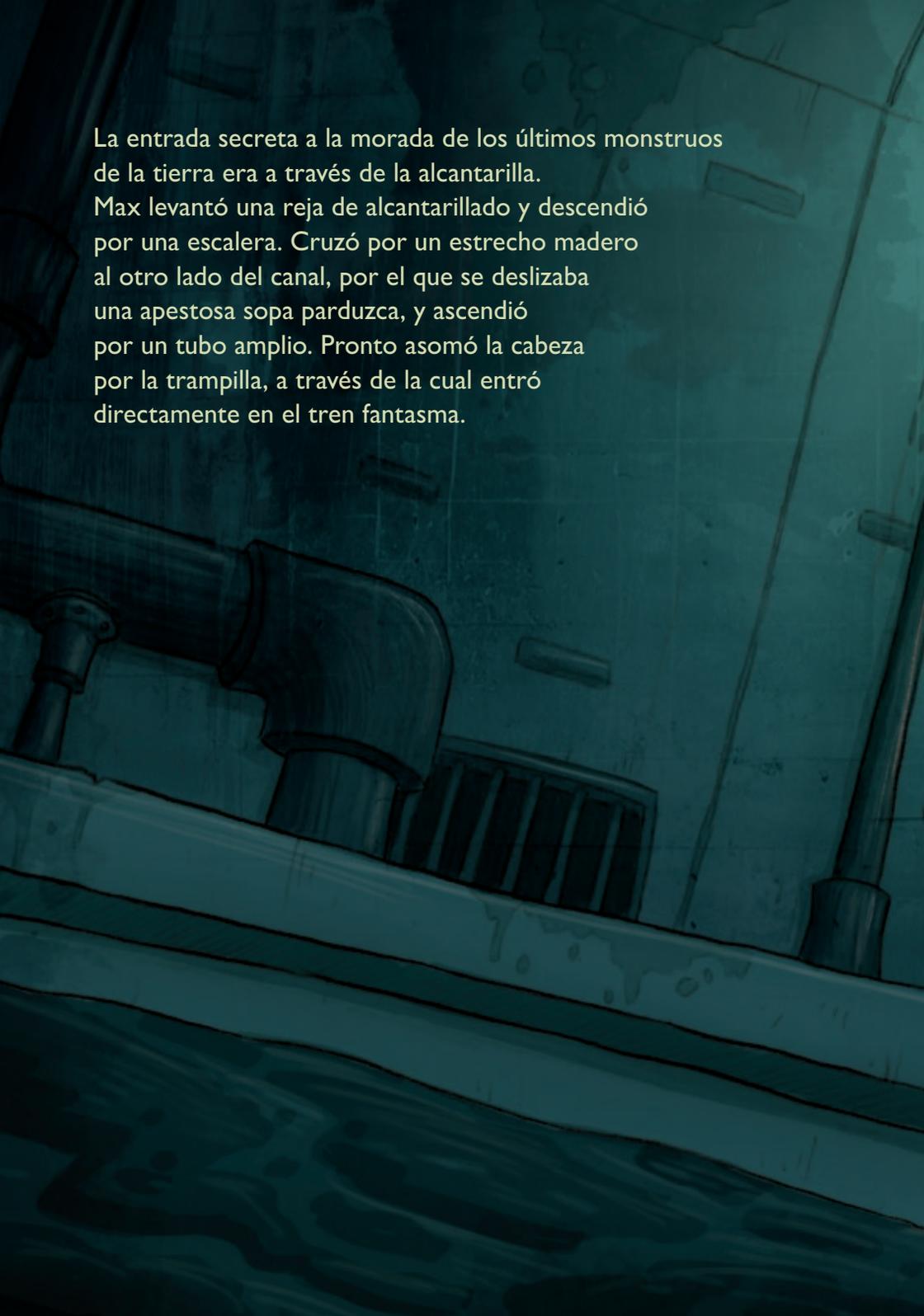




Max tragó saliva y aseguró que enseguida entregaría el paquete. El hombre hizo un gesto grave, se subió la capa, se dio una vuelta entera e hizo surgir una poderosa nube de humo que hizo lagrimear a Max. El chico apretó con fuerza los ojos y, al volver a abrirlos, el tipo de negro no estaba. Había desaparecido sin dejar rastro, como si se hubiera evaporado.

«Curioso, muy curioso...», pensó Max, y de nuevo un escalofrío le recorrió la espalda. El chaval decidió llevar cuanto antes la caja verde al tren fantasma.

BAMF!



La entrada secreta a la morada de los últimos monstruos de la tierra era a través de la alcantarilla. Max levantó una reja de alcantarillado y descendió por una escalera. Cruzó por un estrecho madero al otro lado del canal, por el que se deslizaba una apestosa sopa parduzca, y ascendió por un tubo amplio. Pronto asomó la cabeza por la trampilla, a través de la cual entró directamente en el tren fantasma.



La amplia estancia que servía de sala de estar a los monstruos estaba vacía. Al parecer, todos ellos se habían retirado al piso de arriba. Allí dormían en los sitios más inhabituales: Draculín, el vampiro, tenía un ataúd; Nesina dormitaba en una bañera a medio llenar, y Boris Tembleque siempre daba cabezadas junto al cuadro de la luz, al que se enchufaba antes de dormir para cargar sus baterías.



Del ataúd que estaba de pie en un rincón de la sala de estar llegaban golpes apagados.

—¡Socorro, por favor, sácame! ¡Socorro! —oyó Max que decía una quejumbrosa voz—. Max, por favor, abre la tapa del ataúd. ¡Deprisa! —y siguieron intensos jadeos y estertores.





El chaval se puso a sudar. Y ahora, ¿qué sería aquello?
¿Quién habría en el ataúd?

–¿Qui... qui... quién eres? –tartamudeó Max.

–¡Soy yo, Mombo Momia! –le respondieron–.
¡Muévete! ¡Deprisa!

A Max le temblaban las manos cuando tiró de la empuñadura metálica de la tapa del ataúd para levantarla. La tapa se abrió entre sonoros crujidos y chirridos, y a Max se le escapó un fuerte grito.





¿QUÉ HABRÁ EN EL PAQUETE?

Del ataúd escaparon correteando

al menos treinta negras arañas, que se lanzaron sobre Max. El niño gritó y agitó los brazos, pero aquellos bichos no se dejaban espantar.

En cuestión de segundos tejieron una tela con la que envolvieron a Max y de la que este ya no se pudo librar.

–¡Socorro!... ¡Socorro! –chilló Max.

A unos pasos de distancia
sonaron estrepitosas carcajadas,
y Mombo Momia apareció
desde detrás del sillón de clavos.
Del asiento de este sillón
sobresalían unas doscientas puntas y,
por supuesto, no era lo que se dice
cómodo sentarse en él.
La momia se agitaba tanto de la risa,
que sus vendas crepitan.





–¡Ha picado! ¡Ha picado! –decía entre risitas.

–¿Te parece divertido eso, Mombo?

–preguntó Max, indignado.

–¡Sí, mucho! ¡El truco de las arañas de broma lo considero una de mis mejores bromas!

–dijo la momia rompiendo a reír.

–¿Arañas de broma? –Max no entendía de qué hablaba Mombo.

–No son arañas de verdad, sino de lana. Yo mismo las he hecho. Y la telaraña es de goma. La goma la he sacado de los pantalones del chándal de algunos corredores que vienen a hacer *footing* por la feria. Como los pobres no paraban de perder los pantalones, yo pude fabricar la telaraña. ¡Ja, ja, ja!
¿A que es divertido?

Como ya sabía de qué iba aquello, Max consiguió librarse rápidamente de la red de gomas de pantalón.





La puerta se abrió y apareció el hermano pequeño del doctor Frankenstein. Le seguía Boris Tembleque, el monstruo de Frankenstein.

—Mombo, ¿cuántas veces tendré que decirle lo repugnantes que son sus bromas?
—le riñó Frankesteinete.

–¡Mira el mohoso aguafiestas este!
–gruñó ofendida la momia–.
¡Prometo que no volveré a hacerlo!
–y para subrayar esta promesa,
la momia ofreció a Max su vendada mano
para hacer las paces. El niño le chocó la mano
y, al momento, sobre sus dedos goteó una pringosa
y repugnante mucosidad viscosa, fría, húmeda y verde.
Max lanzó un prolongado grito de espanto,
que tuvo por efecto el que aquella cosa verde
empezara a hincharse. Su tamaño fue aumentando
más y más, invadiendo los brazos de Max,
avanzando pantalones abajo y formando charcos
a sus pies.



Y de nuevo la momia se retorció de la risa
ante el éxito de la broma.

Franksteinete entrecerró los ojos
y silbó con rabiosa voz:

–Mombo, acabe usted con este numerito.
¡Si no, traigo una caja repleta de hambrientas polillas
para que le agujereen su tela!



La momia rezongó algo así como «¡Vaya aguafiestas!» y le tapó con su mohosa mano la boca a Max, que seguía gritando. El chico enmudeció y al instante se encogió la verde mucosidad hasta que no quedó de ella más que una diminuta gota pegada al dedo del niño. Asqueado, Max se la untó en la gorra.

—¡Se acabó ya! —ordenó Frankesteinete. Mombo Momia resopló como un asno tozudo y se alejó refunfuñando.



—Me parece que has dormido en la caja de las bromas.
¡Pero al levantarte debes haberte golpeado en la cabeza
con la tapadera! —le gritó enfadado Max.

Al instante, Mombo regresó embalado
y se quitó las oscuras gafas de sol. Dos rayos verdes
acertaron en el cinturón de los pantalones de Max,
que se le cayeron. Max se los sujetó justo a tiempo.

—¡Basta! —riñó Frankesteinete a la momia,
y cerró de un portazo—. Max, le pido disculpas
por lo de Mombo. Es que una vez al año
le dan estos ataques de bromitis.
Pero permítame que le pregunte
qué le trae a nosotros.



Max se inclinó para levantar el paquete verde.
Se lo entregó a Frankesteinete y le contó
lo del fantasmagórico cartero. Rápidamente,
Frankesteinete llamó a los demás monstruos.



Cuando estaban todos reunidos en la habitación grande, preguntó:

—¿Qué opinan ustedes? ¿Debemos abrirlo o no?

Boris Tembleque, a quien el doctor Frankenstein le había implantado la nariz y las orejas de un perro, olisqueó el paquete y afirmó:

—No huelo nada peligroso. ¿Lo desenvuelvo?



Frankesteinete apartó al grandullón y dijo:

—Déjelo, Boris, usted no puede.

Y él mismo desató la cuerda del paquete, cogió la tapa con ambas manos y la levantó lentamente. Los monstruos estiraron el cuello tratando de echar una ojeada al interior del paquete.

—¿Qué? ¿Quién nos mandará esto? —exclamaron a coro, porque no se esperaban lo que descubrieron.





SALUDOS DESDE EL CASTILLO DE LOS ESPÍRITUS

Franksteinete sacó cuidadosamente del paquete un vetusto y desvencijado gramófono. Un tocadiscos que aún funcionaba con manivela y que, en lugar de altavoces, llevaba una bocina. Encima del plato había un negro disco sobre el que alguien había escrito en verde: «¡Ponedlo!».



Frank agarró la manivela del gramófono y le dio vueltas. Colocó el brazo de la aguja sobre el disco y todos se pusieron a escucharlo intrigados.

–¡Saludos desde el Castillo de los Espíritus!
–dijo una áspera y misteriosa voz.

Max retrocedió asustado.

En efecto, en la boca de la bocina había aparecido una cara. Era translúcida y no parecía estar hecha más que de aire: la cara de un hombre muy anciano con el cabello y la barba blancos. Tenía profundas y oscuras ojeras y cada palabra parecía costarle mucho trabajo.



–Necesito vuestra ayuda. Venid pronto, por favor. No me dejéis en la estacada, amigos. Os espero en el Castillo de los Espíritus. Me encontraréis en la mazmorra. ¡Venid deprisa, antes de que sea demasiado tarde! –y tras estas palabras, el rostro se desvaneció y el disco se rompió en mil pedazos. Acto seguido, también el gramófono se deshizo en muchos trocitos.

–¡Eh, que yo no he sido! –exclamó Boris levantando las manos verdes. Y es que habitualmente rompía casi todo lo que tocaba.

Lucila sacó de debajo del sillón de clavos una bolsita negra y la llenó con los trozos del gramófono. La mayoría eran metálicos, y el metal era el plato preferido de Lucila. Por su parte, Frankesteinete se rascaba la cabeza, pensativo.

—¡Eh, ten cuidado de que no te salte ninguna astilla al rascarte esa cabeza de alcornoque! —bromeó la momia.



A lo que Frank agarró la cabeza reducida con la que Boris y Piecete jugaban al fútbol, y con ella le tapó a la momia su descarada boca.

—¿Qué opinan ustedes de este mensaje?

—les preguntó a los demás. Los monstruos callaron.

—¡Pues que yo no conozco a ese tipo! —afirmó Nesina—. Nunca he visto a ese tío tan lúgubre.

¿Tenéis idea de cómo ha dado con nosotros?

Los demás también se hacían esa pregunta. Max tenía una sospecha.



–Tal vez sea una trampa. ¡Tal vez Karla Käscher os haya enviado el gramófono!

Podría ser. La cazamonstruos no se detenía ante nada y no paraba de idear nuevas tretas. Quería hacerse de una vez con los últimos monstruos de la tierra para llevarlos a su circo.



–Propongo que nos informemos. Tal vez alguien sepa más de ese Castillo de los Espíritus –propuso Franksteinete.

Los demás estuvieron de acuerdo. Pero Max tenía que despedirse. Seguro que su madre ya lo esperaba con impaciencia.



Max había ido a ver a los monstruos a la salida del colegio y por eso, una vez más, llegó tarde a comer. Dola, su hermana mayor, ya estaba sentada a la mesa golpeando el plato con la cuchara sopera.

–¡Por fin has llegado, canijo! –dijo como saludo a Max.

Por suerte, la señora Müller, la madre de Max, estaba ocupada en la cocina y se olvidó de regañarle.

–Lo siento, pero al venir a casa me he encontrado con un hombre que me ha preguntado una dirección, y me he ofrecido a ayudarlo –se disculpó Max. Bueno, ni siquiera era mentira.



–Has llegado demasiado pronto –dijo su hermana mientras sonreía con malicia y socarronería. Así que la víbora de Dola estaba maquinando otra de las suyas.

